

tar con algunas personas sus placeres, y trabajos, que de todo tienen los que tienen oracion. Porque si es verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito: y creo, que el que tratando con esta intencion lo tratáre, que aprovechará á sí, y á los que le oyeren, y saldrá mas enseñado, así en entender, como en enseñar á sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír misa con devocion, si le ven, y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto, para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios, y amigos para incitar al mal, que no sé como lo encarecer. Páreceme que el demonio ha usado deste ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar, y contentar á Dios; como ha incitado, se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala, y se publican las ofensas, que en este caso se hacen á Dios.

43. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced lo rompa; y si no lo son, le suplico ayude á mi simpleza, con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir adelante, segun se tiene por bueno andar en las vanidades, y contentos del mundo; y para estos hay pocos ojos: y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer; y si no veránse en mucho aprieto. Páreceme, que por esto debían usar algunos santos, irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer, que para aquellos con quien conversa, le ayudará Dios: y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes, que no los osaría decir, si no tuviese gran esperiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es, que yo soy mas flaca, y ruin que todos los nacidos, mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene por esperiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios, para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oracion, que cayendo, y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer habia muchos amigos, que me ayudasen: para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto, como no estaba siempre caída: y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano: sea bendito para siempre jamás. Amen.

CAPITULO VIII.

Trata del gran bien que se hizo, no se apartar del todo de la oracion, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice como es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algun tiempo de tan gran bien.

4. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querria me aborreciesen los que esto leyesen, de ver una alma tan pertinaz, é ingrata, con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces, que en este tiempo falté á Dios, por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oracion. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme, y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeccion, que ningun caso casi hacia de pecados veniales, y los mortales aunque los temia, no como habia de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir, que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traia contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios era con pena: cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé como un mes la pude sufrir, quanto mas tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que habia de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oracion: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traicion al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, páreceme á mí es de otra manera los que tratan de oracion; porque están viendo que los mira: que los demás podrá ser estén algunos dias, que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es, que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho á la oracion, y hacia algunas, y hartas diligencias para no le venir á ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuerdáseme poco destos dias buenos, y así debían ser pocos, y muchos de los ruines: ratos grandes de oracion pocos dias se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala, ó muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios: procuraba, que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Así que si no fué el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que há que comencé oracion,

mas de los diez y ocho pasé esta batalla, y contienda de tratar con Dios, y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios, y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré despues.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios, y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma, que la dispone para tener oracion con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera, por pecados, y tentaciones, y caidas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto, la saca el Señor á puerto de salvacion, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí: plega á su Majestad, no me torne yo á perder. El bien que tiene, quien se ejercita en oración, hay muchos santos, y buenos, que lo han escrito, digo oracion mental, gloria sea á Dios por ello: y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osára hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es, que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin ella será muy mas dificultoso: y no le tiente el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiendonos de veras, y determinándose á no le ofender, se torna á la amistad que estaba, y á hacer las mercedes que antes hacia, y á las veces mucho mas, si el arrepentimiento lo merece: y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo, no carezca de tanto bien. No hay aqui que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare á ser perfeto, que merezca los gustos, y regalos, que á estos dá Dios, á poco ganar irá entendiéndolo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, que no se lo pagase: porque no es otra cosa oracion mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aun no le amais, porque para ser verdadero el amor, y que dure la amistad, hánse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podeis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condicion; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡O bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo

desta suerte! ¡O regalo de los ángeles, que toda me querria cuando esto veo deshacer en amaros! ¡cuán cierto es sufrir vos á quien no os sufre que esteis con él! ¡O que buen amigo haceis, Señor mio, cómo le vais regalando, y sufriendo, y esperais, á que se haga á vuestra condicion, y tan de mientras le sufris vos la suya! Tomais en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidais lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mio, por qué todo el mundo no se procure llegar á vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condicion, se deben llegar para que nos hagais buenos, con que os sufran esteis con ellos si quiera dos horas cada dia, aunque ellos no estén con vos, sino con mil revueltas de cuidados, y pensamientos del mundo, como yo hacia. Por esta fuerza, que se hacen á querer estar en tan buena compañía mirais (que en esto á los principios no pueden mas, ni despues algunas veces) forzáis vos, Señor, á los demonios, para que no los acometan, y que cada dia tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela á ellos para vencer. Si, que no matais á nadie, vida de todas las vidas de los que se fian de vos, y de los que os quieren por amigo, sino sustentais la vida del cuerpo con mas salud, y dáisla al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oracion mental? Ni sé de que han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno, y hay gloria, y en los grandes trabajos, y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oracion, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aqui era mi pensar cuando podia, y muy muchas veces algunos años tenia mas cuenta con desear se acabase la hora que tenia por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas: y hartas veces no sé que penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme á tener oracion. Y es cierto, que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacia, ó mi ruina costumbre, que no fuese á la oracion, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto mas que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y despues que me habia hecho esta fuerza, me hallaba con mas quietud, y regalo, que algunas veces que tenia deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruín como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se vé claro, que por aqui se remediaron todos mis males, ¿qué persona por mala que sea podrá temer? Porque por mu-

cho que lo sea, no lo será tantos años despues de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues á mí tanto me sufrió, solo porque deseaba, y procuraba algun lugar, y tiempo, para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacia, ó me la hacia el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tambien la oracion, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven á Dios, y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con mas trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oracion, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo da gusto, para que con él se pasen los trabajos. Porque des- tos gustos, que el Señor da á los que perseveran en la oracion se tratará mucho, no digo aquí nada: solo digo, que para estas mercedes tan grandes, que me ha hecho á mí, es la puerta la oracion; cerrada esta, no sé como las hará; porque aunque quiera entrar á regalarse con un alma, y regalarla, no hay por donde, que la quiere sola, y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos, y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia, y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oracion, y leccion, diré aquí, pues va tanto en entender, la batería que dá el demonio á un alma para ganarla, y el artificio, y misericordia con que el Señor procura tornarla á sí, y se guarden de los peligros, que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda grangeando tornarnos á sí, pido yo, se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traia mi alma, porque bien entendia yo, que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podia creer del todo, que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo, como yo lo sentia en mi alma. Dijome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplacion, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome mas de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasion. Como me veian con buenos deseos, y ocupacion de oracion, pareciales hacia mucho; mas entendia mi alma

que no era hacer lo que era obligada por quien debia tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenia, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos, y contentos, con decir eran licitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si veia alguno predicar con espíritu, y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quien me le ponía: casi nunca me parecia tan mal sermon, que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oian, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreacion. De hablar de Dios, ó oír dél, casi nunca me cansaba: esto despues que comencé oracion. Por un cabo tenia gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendia yo, que no era la que habia de ser con mucha parte. Suplicaba, el Señor me ayudase; mas debia faltar, á lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio; hacia diligencias; mas no debia entender, que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendia que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no habia quien me diese vida, y no la podia yo tomar; y quien me la podia dar, tenia razon de no socorrerme, pues tantas veces me habia tornado á sí, y yo dejádole.

CAPITULO IX.

Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma, y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque queria, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenia. Acaeciome, que entrando un dia en el oratorio, ví una imágen que habian traído allí á guardar, que se habia buscado para cierta fiesta que se hacia en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal; porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí, de lo mal que habia agradecido aquellas llagas, que e corazon me parece se me partia; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Madalena, y muy muchas veces pensaba en su conversion, en especial cuando comulgaba; que como sabia estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus piés, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabia lo que decia, que harto hacia quien por sí me las consentia derramar, pues tan presto

se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame á aquella gloriosa santa, para que me alcanzase perdon.

3. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece me aprovechó mas; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Parecíeme le dije entonces, que no me había de levantar de allí, hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces. Tenia este modo de oracion, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor á mí parecer, en las partes á donde le veía mas solo. Parecíame á mí, que estando solo, y afligido, como persona necesitada, me había de admitir á mí. Destas simplicidades tenía muchas, en especial me hallaba muy bien en la oracion del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor, y aficion que allí había tenido: si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdomé, que jamás osaba determinarme á hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo mas que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las mas noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oracion del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma; porque comencé á tener oracion, sin saber que era: y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando á lo que decia del tormento, que me daban los pensamientos; esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada, ó perdida: digo perdida la consideracion; en aprovechando, aprovechan mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas á oracion de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recojerse. Aprovechábame á mí tambien ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo, que me despertaban, y recogian, y servian de fibro, y en mi ingratitude, y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenia tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginacion; como hacen otras personas, que pueden hacer representacio-

nes á donde se recogen. Yo solo podia pensar en Cristo como hombre; mas es ansi, que jamás le pude representar en mí, por mas que leia su hermosura, y veía imágenes, sino como quien está ciego, ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona, y vé que está con ella, porque sabe cierto, que está allí, digo que entiende, y cree que está allí, mas no la vé. Desta manera me acaecia á mí, cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece, que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de San Agustin, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada á San Agustin, porque el monasterio á donde estuve seglar era de su Orden; y tambien por haber sido peccador, que de los Santos, que despues de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado, podia hacer á mí: salvo, que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos solo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba á animarme, que de su misericordia jamás desconfíe, de mí muchas veces.

7. O válame Dios, como me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Haceme estar temerosa lo poco que podia conmigo, y cuán atada me veía, para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las Confesiones, parecíeme me veía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversion, y lei, cómo oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, segun sintió mi corazon: estuve por gran rato que toda me deshacia en lágrimas, y entre mi mesma con gran afliccion, y fatiga. O qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora, cómo podia vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal: parecíeme, que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme á crecer la aficion de estar mas tiempo con él, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía á amar á su Majestad; que bien entendia yo á mí parecer le amaba, mas

no entendia, en que está el amar de veras á Dios, como lo habia de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba á tornar á regalar. No parece, sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años, darme gustos, y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devocion, jamás á ello me atrevi, solo le pedia me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veia tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba; harto me parece hacia su piedad, y con verdad hacia mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de sí, y traerme á su presencia, que veia yo, si tanto él no lo procurara, no viniera. Solo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacia, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me habia atrevido á pedir. Bien sabia yo era licito pedirlo, mas parecíame á mí, que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devocion con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos, y determinados para todo bien. Parecíame, que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial despues destas veces de tan gran compuncion dellas, y fatiga de mi corazon, comencé mas á darme á oracion, y á tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aun no las dejaba del todo, sino como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algun aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino á los que están en mas limpieza de conciencia.

CAPITULO X.

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacia en la oracion, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes, que el Señor nos hace. Pide á quien esto envia, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor.

1. Tenia yo algunas veces, como he dicho, (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acacciame en esta representacion que hacia de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podia dudar, que estaba dentro de mí, ó yo toda engolfada en él. Esto no era manera de vision; creo lo llaman

mística teología: suspende el alma de suerte, que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre á mi parecer, mas no se pierde; mas como digo no obra (1), sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero habia tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su Pasion con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algun amor, regálase el alma, enternécese el corazon, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su Majestad aquel cuidado con un don tan grande, como es el consuelo que dá á un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razon de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Páreceme bien esta comparacion, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oracion, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto mas de lo que el Señor conforme á lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho mas que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay mas que desear, y se dá por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razon, que una lágrima destas, que como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece á mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con

(1) Dice que no obra el entendimiento, porque como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entonces la grandeza del bien que se le pone delante; pero en realidad de verdad sí obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es. Pues dice: No obra, esto es, no discurre, sino está como espantado de lo mucho que entiende; esto es, de la grandeza del objeto que ve: no porque entienda mucho del, sino porque vé, que es tanto él en sí, que no le puede enteramente entender.